

1968, cuarenta años después*

Carlos Sevilla**

Resumen

En el presente artículo el autor nos ofrece un particular análisis sobre el origen, desarrollo y consecuencias del conocido "Movimiento del 68" en México. Elabora una interpretación sobre los acontecimientos que forman parte de un fenómeno político y social que cambió el rumbo de la historia de este país; debido a los cambios en el orden político que provocó sobre todo en el ámbito de las libertades y derechos de expresión de la ciudadanía. Para el autor es de suma importancia hacer una reflexión sobre lo que nos dejó de experiencia este movimiento social.

Palabras clave: Movimiento social, libertad de expresión, gobierno, cambio político.

Abstract

The author gives us an extraordinary analysis of the origin, development and consequences of well known "Movement of the 68" in Mexico. He offers an interpretation of the factors that were behind the political and social phenomenon that change the Mexican history; he emphasizes the political order that affected specially the citizen freedom and right of expression. He concludes by inviting us to a new reflection of what this social movement has gave us.

Keywords: Social movement, freedom of expression, government, political change.

Para comprender el significado y la trascendencia del movimiento estudiantil mexicano de 1968, es necesario comenzar por trazar, al menos, algunas de las características más notables de la sociedad en que tuvo lugar.

El rasgo más significativo del México de 1968 era su notable dinámica de cambio y el avance económico y social que había acumulado

* Este artículo está publicado en su versión en inglés en la Revista *Voices of Mexico*, de la UNAM, núm. 83, 2008.

** Maestro en Política y Gobierno por la Universidad de Essex. Profesor de Tiempo Completo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM. Ex-prisionero político y miembro del Consejo Nacional de Huelga en 1968.

durante las últimas tres décadas, fenómeno al que, exagerando un poco, se hacía referencia con el calificativo de milagro mexicano. El mero hecho de que México hubiera sido elegido como sede de los Juegos Olímpicos de ese año, era un reconocimiento a esos logros:

- Entre 1930 y 1970 la población del país experimentó un formidable aumento de 146 por ciento, al pasar de 19.6 a 48.2 millones de habitantes, es decir, se agregó en habitantes otro país y medio.

- Más sorprendente aún fue el aumento del PIB, que se multiplicó casi por nueve al pasar en dicho lapso de 319,034 a 2,746,457 millones de pesos, calculado en pesos de 2004.

Estos datos permiten deducir que la sociedad mexicana había dado un gran salto a la modernización, debido a que la población no solo creció y aumentó sus niveles de vida aceleradamente sino también mejoró su educación y su contacto con el mundo. Pasó de ser predominantemente agraria para convertirse en una sociedad mayoritariamente urbana.

Y esto nos lleva ya a situar la naturaleza del problema implícito en el Movimiento Estudiantil: un choque entre la sociedad moderna en desarrollo y el sistema político premoderno construido entre 1920 y 1940 por la clase política conformada a partir del Ejército de Sonora, la familia revolucionaria. También nos permite observar el drama histórico de esa clase política cuya conducción fue determinante para cumplir con las demandas sociales planteadas por la Revolución y lograr el posterior desarrollo industrial. Pero el éxito de sus políticas permitió el surgimiento de una nueva sociedad en la cual, esa clase política, deja de ser funcional a menos de reinventarse totalmente. Reinventarse significaba dejar atrás el autoritarismo, la cultura tribal, la corrupción y la ilegalidad. A pesar de que el paso de las políticas de reformas a las políticas de desarrollo que se realizó después de 1940, implicó para la clase política, un cambio semejante al que exigía 1968, la decisión adoptada fue la de mantener el autoritarismo a toda costa. El resultado lo tenemos a la vista: ya nadie habla de un milagro mexicano, salvo para referirse a lo que pudiera detener el proceso de descomposición que revela un Estado incapaz de cumplir su función primordial de garantizar la seguridad y el orden público, un gobierno carente de legitimidad no sólo por su origen en una elección donde todos los contendientes apostaron al fraude electoral sino sobre todo por el agravamiento de la corrupción

que significa asumir abiertamente el saqueo al país desde los cargos más altos del gobierno.

El propósito de este ensayo es analizar, brevemente, el desarrollo del Movimiento Estudiantil y su desenlace, primero, para después evaluar el impacto que tuvo en la evolución posterior del país. A tal efecto utilizaré un procedimiento que copio de las obras de teatro y que consiste en desarrollar la obra en tres actos y con un número limitado de actores, para concluir con un epílogo que cuenta de las posibles conclusiones:

Dramatis Presonaje

Estudiantes

(Representados en su mayoría por estudiantes de educación media y superior de la UNAM y el IPN, que son parte de las nuevas clases medias que convirtieron en instituciones de masas los selectos recintos educativos antes exclusivos de los hijos de la oligarquía).

Gobierno

(Personificado por el presidente Díaz Ordaz que concentraba todo el poder asociado al presidencialismo autoritario, mismo que había sido reforzado por el desarrollo del conglomerado de empresas e instituciones a través del cual se ejercía la rectoría económica del Estado).

Activistas

(Militantes de las organizaciones políticas, principalmente de izquierda, entre los cuales los más importantes eran los de la inspiración soviética en sus dos corrientes, comunistas y ex comunistas. Enseguida se encontraban los militantes de las sectas maoístas, trotskistas, fidelistas y, al final, algunos panistas y priístas y hasta algunos miembros de los llamados partidos paraestatales, como el PPS).

Sociedad

(El conjunto de todas las clases y agrupamientos cuyo apoyo se disputan las corrientes políticas y grupos de interés. La mayor parte de la sociedad aceptaba la autoridad del gobierno, pero desde hacía algunos años habían aumentado los cuestionamientos en torno a la forma en que se gobernaba).

Primer acto

Una represión a estudiantes, el detonador

Todo el conflicto estudiantil comenzó por la represión de que fueron objeto en el D.F., el 23 de julio, dos grupos de estudiantes de educación media superior que protagonizaron una serie de riñas callejeras en la Plaza de la Ciudadela.

Las represiones policíacas no eran ajenas a la vida normal de la ciudad, pero lo distinto en esa ocasión fue la dureza y amplitud con que se llevó a cabo. Esto produjo la indignación de los estudiantes afectados, que decidieron protestar y buscaron el apoyo de sus compañeros.

Luego de deliberar dos días, los estudiantes decidieron marchar hacia Palacio Nacional para manifestar directamente su protesta al Presidente y pedirle el castigo correspondiente para quienes afectaron sus derechos y violaron la ley.

La fecha acordada para realizar la marcha fue el 26 de julio por la tarde, día en que los simpatizantes de la Revolución cubana celebraban el aniversario del asalto al cuartel Moncada también con una marcha. Aunque ambas marchas partieron de puntos totalmente distintos, coincidieron en la Alameda, lo que dio oportunidad para que algunos militantes decidieran sumarse a la protesta.

Pero nadie pudo llegar al Zócalo, porque los contingentes que recorrían las calles que bajan desde la Alameda, fueron brutalmente dispersados dando origen a muchos encuentros y enfrentamientos en una zacapela que se extendería por todo el Centro Histórico y se prolongara hasta dos días después, cuando, usando una bazuca, el gobierno logró finalmente someter la Preparatoria 1, cuartel general de los jóvenes en lucha.

No parece necesario decir que el presidente en ningún momento consideró dar curso a las demandas estudiantiles porque él mismo, anteriormente, había ordenado reforzar las medidas dirigidas a mantener el orden. Por eso dejó en manos de quienes aspiraban a sucederlo en la Presidencia ocuparse del caso y hacer gala de sus capacidades en su solución.

Luis Echeverría, secretario de Gobernación, se limitó a autorizar la marcha al Zócalo calculando que, de desembocar en un conflicto, desacreditaría a Alfonso Corona del Rosal, regente de la ciudad, al poner en evidencia su falta de control. Por su parte, Corona, que era muy osado, mando llenar de piedras los botes de basura de las calles que

recorrería la marcha y envió provocadores del servicio de limpia para romper aparadores, hacer saqueos y provocar pleitos. Por otra parte, mandó aprehender a un grupo de militantes del Partido Comunista, a quienes presentó como los responsables de los disturbios ocurridos y de la conspiración contra México de la cual formaban parte.

La sociedad civil, representada por las organizaciones empresariales, iglesia Católica, los medios de comunicación, los sindicatos y demás organizaciones gremiales, manifestaron de diversas maneras su apoyo al gobierno y expresaron su repudio a los agitadores y falsos estudiantes. Solamente los intelectuales y los artistas apoyaron a los estudiantes.

En los círculos más retrógradas del gobierno se estimó que con el escarmiento dado a los estudiantes y con el encarcelamiento de los comunistas, la “algarada” juvenil, como la calificó Díaz Ordaz, había sido desarticulada, y su completa extinción era cosa de unos días o, cuando mucho, de una o dos semanas....

Segundo Acto

El movimiento apenas comienza

El gobierno no terminaba aún de proclamar la desarticulación de la protesta juvenil cuando se produjeron indicios de que resurgía bajo formas de acción de mayor alcance.

Paralelo a las voces oficiales y oficiosas que aclamaban ya a los nuevos “salvadores de la patria”, comenzaron a hacerse escuchar las voces disidentes, entre las cuales, la más sonada fue la del rector de la UNAM, el Ingeniero Javier Barro Sierra, quien reprobó el artero bazucazo contra la preparatoria que dejó un número desconocido de víctimas y la destrucción de la puerta centenaria de la Preparatoria. En la concentración a que convocó dentro del *campus* de C.U., Barros Sierra también alertó sobre los peligros de la política que le daba origen y llamó a los estudiantes a defender la casa de estudios y los valores en que se sustenta. Asimismo, Barros Sierra puso la bandera nacional a media asta en señal de duelo y luego habría de encabezar la primera manifestación de movimiento estudiantil, que recorrió la parte sur del D.F., ovacionada por la población civil y bajo la mirada vigilante de los agentes secretos del gobierno, respaldados por fuerzas correctivas móviles, discretamente estacionadas a unas cuadras de distancia.

Por otra parte, contrariando las expectativas oficiales, los estudiantes víctimas de la violencia oficial, no abandonaron, arredrados, sus reclamos. Simplemente se dirigieron a sus compañeros para ponerlos al tanto de lo ocurrido y demandar su apoyo. La respuesta no se hizo esperar: luego de recibir la información, escuela tras escuela, realizaron asambleas que invariablemente acordaron suspender las clases, formar comités de lucha, protestar contra represión y salir a la calle para denunciar la violación de la Ley y sus derechos.

Y es necesario destacar que algo distintivo de estos estudiantes que debutaron entonces en la escena política nacional, fue su determinación para defender los derechos ciudadanos que, aunque se hallaban consignados en la Constitución, realmente nunca habían sido observados por los gobernantes mexicanos. Esto era bien conocido por las generaciones de antaño como parte de la “democracia simulada” que se remontaba a la época del presidente Porfirio Díaz. Ellos lo ignoraban y, en su ingenuidad, estaban dispuestos a arriesgar todo por hacerlos valer.

Y esa ingenua determinación imprimió al Movimiento de 1968 una capacidad de lucha inédita, pues en lugar de rendirse ante las autoridades o huir frente a la amenaza de represión, los jóvenes debutantes consideraban incluso obligatorio resistir frente a la injusticia.

Por eso los activistas mostraron entusiasmo por las organizaciones surgidas espontáneamente en las escuelas: comités de lucha, consejos de huelga, brigadas políticas, guerrillas políticas, consejos coordinadores, etcétera. Invariablemente, las mismas que asociaron a los soviéticos de la Rusia revolucionaria y buscaron colocarse a su cabeza.

El Consejo Nacional de Huelga contribuyó decisivamente a organizar a los militantes y exmilitantes de las juventudes del PCM, quienes siempre compitieron por establecer su hegemonía. Los activistas de otras corrientes se incorporaron en los comités de lucha y a menudo se encargaron de elaborar los materiales de propaganda y participaron intensamente en las brigadas políticas.

Sin embargo, los militantes nunca lograron dirigir el movimiento que en todo momento conservó su carácter espontáneo y creativo que chocaba con la cultura y la práctica burocráticas y contradictorias de los militantes y sus agrupaciones de origen.

Por eso, Octavio Paz caracterizó a los estudiantes en rebeldía como “demócratas inconscientes”, y dio la razón de ese calificativo. Los estudiantes demandaban hacer públicos los asuntos públicos.

Los activistas, en cambio, guiados por su cultura burocrática, quisieron sujetar el Movimiento a propuestas caprichosas que imponían mediante la manipulación en secreto y el mayoritío y que, en lugar de dirigir conforme a objetivos claros, buscaban simplemente controlar.

Acto Tercero

El Desenlace

Durante agosto, el Movimiento se extendió por todo el país y en la capital se llevaron a cabo varias manifestaciones masivas, cada una de las cuales reunió un mayor número de participantes que la anterior. El apoyo de la población al Movimiento era cada vez más amplio y entusiasta. Las brigadas políticas estudiantiles habían penetrado ya en todos los ámbitos y junto con su tarea informativa, muchas desarrollaron acciones adicionales que estrechaban sus vínculos con las masas: en las plazas públicas, los parques, los centros de trabajo, templos y escuelas, llegaban acompañadas de cantantes que daban a conocer sus composiciones alusivas al movimiento y a la situación política del país, también iban bailarines, declamadores, actores y pintores que en conjunto creaban una atmósfera renovadora de fiesta que recorría toda la ciudad.

De modo que el movimiento no se extinguía como lo había previsto el gobierno y más bien era éste quien se iba quedando solo. A la luz de esa situación hubo quienes consideraron que el gobierno ya había perdido la batalla y que acabaría por reconocer al menos algunas demandas estudiantiles. Se estimaba que admitir demandas como el cese de los responsables de la represión, o la liberación de los presos políticos, sería un buen punto de partida para poner en marcha un proceso de liberación política que era ya una aspiración ampliamente sentida.

Pero ese tipo de razonamientos eran totalmente ajenos al pensamiento autoritario de Díaz Ordaz y su círculo íntimo. Esto se puso ya de manifiesto en la campaña demagógica que ordenó la Presidencia en relación a un supuesto agravio a la bandera nacional con motivo de la manifestación del 28 de agosto.

Después tuvo lugar el desalojo del absurdo plantón el Zócalo, acordado para esperar el informe presidencial. Y por último, llegó el informe mismo donde claramente el presidente amenazó con hacer uso de toda

la fuerza del Estado para restablecer el orden y expresó claramente su credo político que no admitía concesiones. Díaz Ordaz afirmó que el gobierno no cedería ante presiones porque, proceder de ese modo, no era gobernar sino abrir la puerta a la anarquía, pues una vez que el gobierno cede ante un grupo, agregaba, todo mundo pide el mismo trato y la autoridad desaparece.

Los hechos y las declaraciones del presidente no presagiaban nada bueno y parecía evidente la necesidad de que el Movimiento se preparara para enfrentar las amenazas. Pero todo avanzaba dentro de la lógica y el tiempo de una tragedia donde cada uno de los actores camina, con los ojos vendados, hacia el destino que está reservado.

Algunos de los observadores y activistas más perceptivos vieron claramente lo que se avecinaba. El escritor José Revueltas, del Comité de Lucha de la Facultad de Filosofía y Letras, definió la situación del Movimiento: “nos han colocado en la nuca el cañón de su revolver”, y sugirió hacer un repliegue para atenuar los daños de la inminente embestida. Se acordó —entonces— proponer en las asambleas levantar la huelga y elaborar una estrategia para reorganizar el movimiento y preparar una lucha a largo plazo.

Pero en las asambleas fue rechazada la proposición y se reiteró la determinación de los estudiantes de llevar la resistencia hasta sus últimas consecuencias.

Los activistas a la cabeza del CNH, que anteriormente habían estado de acuerdo en hacer un repliegue, al ver que las asambleas lo rechazaron, simplemente se hicieron eco de los estudiantes y, sin más, olvidaron su papel de dirigentes. Y, vanidosos como eran, se centraron en desarrollar su propio culto a la personalidad. De este modo, el movimiento quedaba desarmado e inadvertido ante la tormenta que se avecinaba.

El gobierno, por su parte, hasta en el diseño y ejecución de la represión reveló su criminal ineptitud. A partir de una peregrina hipótesis según la cual en el Movimiento un grupo de perversos agitadores manipulaba a una mayoría de estudiantes buenos y estúpidos, llegó a la conclusión de que podía liquidarlo simplemente deteniendo y encarcelando a los agitadores. En esto basó la aparatosa ocupación de CU en la que hubo más de 2000 detenidos y sólo una decena de dirigentes.

La protesta estudiantil no fue acallada sino creció y se endureció, lo que colocó al gobierno ante la disyuntiva de revisar toda su concepción sobre el Movimiento, o dar un salto al vacío adoptando la salvaje decisión de ahogarlo en sangre. Pero la decisión no se hizo esperar y se eligió la segunda alternativa que era consistente con el credo político

de Díaz Ordaz, según el cual el principio de autoridad no es objeto de negociación, simplemente se ejerce cueste lo que cueste. Y aquí podemos repetir la expresión acuñada por Gabriel Zaid: “y así fue y así nos fue”.

El crimen de Tlatelolco fue fraguado fríamente por Díaz Ordaz, Luis Echeverría y otros delincuentes, sin el consentimiento del Ejército y de la mayor parte del Gabinete. Muchos funcionarios, medianos y altos, en su fuero interno lamentaron y hasta reprobaron el crimen, pero curiosamente nadie lo hizo en voz alta. La descomposición moral de la clase política ya era tal, que los funcionarios parecieron decirle en coro a Díaz Ordaz la conocida frase de “contigo hasta la ignominia”. Pero no sólo era la degradación moral, también era el atraso político: su concepción arcaica de la autoridad.

El baño de sangre rompió la columna vertebral del Movimiento, pero no resolvió la contradicción histórica entre la sociedad moderna y el sistema político anacrónico planteada por los estudiantes. La apuesta del gobierno por el autoritarismo a ultranza, pronto comenzó a producir sus resultados regresivos. Primero, decidiendo la sucesión presidencial a favor de Echeverría que inauguró los ciclos sucesivos de crisis económica, y después separando de manera creciente a la clase política de la ciudadanía y la realidad con graves e irreparables consecuencias.